

EL VALOR DE LA ESPERANZA PARA LA EDUCACIÓN

THE VALUE OF HOPE IN EDUCATION

Javier Barraca Mairal

Doctor en Filosofía y en Derecho.

Profesor titular de Filosofía, Depto. de Ciencias de la Educación.

Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

RESUMEN

Este texto desarrolla una investigación acerca de la relación entre la educación y la esperanza. Primero, estudia el hondo concepto de esperanza desde el punto de vista filosófico. Tras esto, se reflexiona en torno a la necesidad de esperanza en todo ser humano. Se expone a continuación un cuidadoso análisis del papel de la esperanza en las relaciones educativas. El profundo valor de la esperanza en la educación puede entonces comprenderse dado que sin esperanza no hay encuentro alguno auténtico con los otros, y la educación demanda siempre del encuentro humano. Esto comienza por tener una actitud positiva acerca del futuro y de las posibilidades de las personas. Por esto, debemos aprender a ver al otro ser humano siempre como algo bueno, original y lleno de valor. El ensayo muestra que la vocación educativa pide participar en este valor, a causa de que sin esperanza nadie puede luchar contra los diversos problemas que se encuentran en el difícil camino de la educación. Además, la esperanza nos ayuda a trabajar en equipo y a permanecer unidos. También, es necesaria para desarrollar la creatividad de las personas y de las sociedades.

Palabras clave: esperanza, educación, valores, inteligencia emocional, unión, creatividad.

ABSTRACT

This text develops a research about the relationship between education and hope. First, the broad concept of hope is analysed from a philosophical point of view. Secondly, there is offered a reflection on the necessity of hope that every human being embodies. Thirdly, it is made a thorough analysis of the role of hope in educational relationships. The profound value of hope in education can then be understood, since without hope there cannot be a true encounter with others, and education always demands a human encounter. This hope arises when we have a positive attitude towards the potentialities of other people. Therefore we must learn to see other human beings as they are: good, original and full of value. Eventually this paper shows that the educational vocation demands the value of hope, since without hope nobody can handle with the diverse difficulties met in the world of education. Moreover, hope helps us to work together and stand united and it is also necessary to develop creativity both in individuals and societies.

Keywords: hope, education, values, emotional intelligence, union, creativity.

Recibido: 25/01/2018

Aprobado: 27/01/2018

Enero - Junio 2019

ISSN: 1695-4297

páginas

63-79

Nº 18

1. INTRODUCCIÓN: EL SENTIDO DEL VALOR DE LA ESPERANZA EN EL EDUCADOR

Primero se trata de una confianza enorme y fuerte en lo bueno que hay en las personas, en los seres humanos... (Kentenich, 2005, p. 208).

Cultivar pide tener esperanza de que va a obtenerse de ello algún fruto o resultado beneficioso. La esperanza es esencial en la labor del cultivo. Mas, en el fondo, qué es la educación sino un cultivo de las personas. Por lo tanto, ya se muestra y aparece, desde el inicio, que “cultivar personas o educar” reclama siempre el irrenunciable valor de la esperanza. Todos estamos llamados a vivir la esperanza, en especial cuando participamos de esta tarea de educar.

Aún más, no cabe cultivar-educar sin esperanza, pues para quien no posee esperanza alguna cultivar-educar no tiene en realidad verdadero sentido. La esperanza comporta, según esto, un aguardar fecundidad, fruto. Pero quienes no esperan nada bueno, no pueden cultivar-educar. Siguiendo el símil o la alegoría del cultivo, si no esperamos fruto, sencillamente no vemos sensato sembrar en absoluto, ni abonar, ni regar, ni podar, ni en modo alguno recoger o recolectar.

Ahora bien, en qué o qué esperar, dentro del campo de lo educativo. J. Kentenich, un fructífero y pionero pedagogo alemán del siglo XX, respondería a esta cuestión de un modo doble. Diría que en lo que hay que depositar esperanza es en la propia tierra y semilla. Es decir, en la fecundidad que se oculta en la persona, en el propio ser humano. Él lo denomina “la originalidad” personal. Esto es, debemos esperar en el maravilloso hecho de que cada uno de nosotros supone un ser original, dotado de un valor único, ya que según una conocida expresión suya: “no somos copias, sino originales”. Así, cabe esperar un fruto siempre nuevo, distinto y hermoso, de todos y de cada uno de los humanos, precisamente porque constituimos seres distintos, diferentes, irrepetibles, como señaló E. Lévinas (*Humanismo del otro hombre*, 1993). Todo esto, tanto por lo que respecta a nuestros educandos como a nosotros en cuanto educadores. Nuestras originalidades *anuncian* fruto, fecundidad; y, por eso, podemos legítimamente esperar confiados en ellas.

En segundo lugar, Kentenich añadiría que debemos poner nuestra esperanza en el Amor. Es decir, en el otro elemento decisivo de todo cultivo: en la lluvia y en el sol, en aquellos principios que cooperan en el proceso vivo de nuestro desarrollo, en lo que no somos sólo o exclusivamente nosotros mismos ni nuestros educandos. Esto es, en la fecundidad que surge de los vínculos más fértiles, de los lazos más hondos que se trazan entre nosotros, cuando estos están fertilizados, alimentados, orientados por los más *altos valores*; valores como la bondad, la libertad, la generosidad, la acogida, el servicio, la fraternidad, etc. Kentenich considera,

a este respecto, que la conexión con lo trascendente, con Dios, con quien nos supera y ama infinitamente, constituye asimismo un auxilio y aliento cruciales, a la hora de vivir y de educar. Por esto, insiste en la necesidad de este “aliarnos en y con Dios”, cual si la educación consistiera en una mutua alianza sellada “en la esperanza” de nuestro común crecimiento entrelazado por los valores más excelsos. Ello, en medio de tantas dificultades y obstáculos como los que siempre comporta nuestra fecunda y, al tiempo, complicada vocación de educarnos a nosotros mismos y a los otros, vocación que a su juicio exige una fructífera fidelidad a estos lazos anudados por los grandes valores.

En síntesis, recordando al citado Kentenich, podemos enunciar que: “Primero se trata de una confianza enorme y fuerte en lo bueno que hay en las personas, en los seres humanos...” (Kentenich, 2005, p. 208).

El papa Francisco lo ha expresado de otra manera al decirnos: “También hoy los niños son un signo. Signo de esperanza, signo de vida ...” (*Homilía*, 25 de mayo, 2014).

2. LA ESPERANZA CONSTITUYE UNA NECESIDAD HUMANA FUNDAMENTAL

No se trata sólo de que todo aquel que educa deba de tener esperanza. Además, quienes educan tienen que ser capaces de transmitir a otros esperanza, de contagiársela de alguna manera. Esto, ya que todos necesitamos esperanza, y la educación ha de responder a las necesidades más hondas de los seres humanos.

En conexión con esto, cabe recordar cierto pasaje de la película *Red de Libertad* (Pablo Moreno, 2017) obra que narra las peripecias y la lucha de esta organización, dedicada a la liberación de prisioneros de campos de concentración, vinculada y capitaneada por las Hijas de la caridad, durante la ocupación nazi en Francia. En este pasaje, al elogiar la labor de la protagonista, alguien le dice que, a sus ojos, lo más valioso que logró fue “llevar esperanza” a muchas personas. Esperanza incluso antes que libertad, que vida, que medios, que salud, que justicia, que afecto, que encuentro con el otro... Esperanza por encima de todo y sobre cualquier otra cosa, desde luego. Pero la esperanza no lo es de lo que flota ausente y sin consistencia propia en el aire, como el vacío; no: la esperanza siempre es de algo o de alguien. Esperanza de libertad, de vida, de medios, de salud, de justicia, de encuentro o reencuentro con personas.

Por esta causa, debemos educar en la esperanza, no sólo con esperanza. Sin esperanza en nosotros y en los otros, no educamos, pues en su ausencia todos los involucrados en esta labor nos rendimos ya antes de comenzar nuestra ardua más bella tarea. Sin contagiar esperanza a nuestros educandos, nuestro educar no da su mejor fruto, pues ellos la necesitan para vivir con fecundidad, como cualquier otro ser humano, por encima de todo.

2.1 La esperanza nace humilde y pequeña

La esperanza nace siempre humilde y pequeña. No se muestra como una realidad apoteósica o impresionante, cuando se inicia en nosotros o en los otros. Se trata de una virtud que crece escondida en cierto sentido, a partir de lo pequeño. Esto, pues comienza por los principios de lo que luego va creciendo, progresando poco a poco. Por ello, resulta difícil generarla y mantenerla. Esperar de lo sencillo, de lo modesto, de lo frágil, nos cuesta. Pero esta es la naturaleza de la esperanza en general, y así de alguna manera de la propia vocación educativa.

Cuando esperamos, comenzamos por lo que aún no ha llegado, por lo que todavía no está. Por esto, tenemos que tener confianza, fe en la esperanza. Cuando educamos, no debemos limitarnos por los crudos hechos, por lo que hay sólo ahora y aquí. Pues lo que ahora y aquí hay siempre es poco, siempre es menos de lo que deseamos. A menudo no hay medios, o no hay base en quien educamos, o no vemos futuro... Pero futuro siempre hay y base, si hay persona (y siempre hay persona en nuestros educandos, en nosotros, en el entorno). Las personas crecen, y esperar en ellas resulta clave para que lo hagan, pues la desesperanza también se contagia, y quienes no esperan nada de sí mismos ni de los otros de alguna manera se cierran a la educación misma que supone crecimiento.

Charles Péguy escribió versos de una honda belleza sobre la esencia humilde y modesta de la esperanza. La cantó y mostró su hermosura, describiéndola como una “pequeña niña”, “la menor de tres hermanas”, la más pequeña de las tres virtudes teologales –fe, esperanza y caridad-. Pero la juzgó, a la vez, la más decisiva; pues su luz ilumina y da calor, aviva y hace posibles las otras dos. No me resisto a recordar algunos de sus versos, en los que el propio Dios expresa su admiración por la belleza de la esperanza. Así:

Pero la esperanza, dice Dios, eso sí que me asombra,

me asombra hasta a Mí mismo,

eso sí que es algo verdaderamente extraño.

Que estos pobres hijos vean cómo marchan hoy las cosas

y que crean que mañana irá todo mejor,

esto sí que es asombroso y es, con mucho,

la mayor maravilla de nuestra gracia.

... De esta manera,

una llama temblorosa ha atravesado el espesor de los mundos,

una llama vacilante ha atravesado el espesor de los tiempos,

una llama imposible de dominar, imposible de apagar al soplo
de la muerte,
la esperanza.

Lo que me asombra, dice Dios, es la esperanza,
y no salgo de mi asombro.
Esta pequeña esperanza que parece una cosita de nada,
esta pequeña niña esperanza,
inmortal.

... Pero, sin embargo, esta niñita esperanza es la que
atravesará los mundos, esta niñita de nada,
ella sola, y llevando consigo a las otras dos virtudes,
ella es la que atravesará los mundos llenos de obstáculos.
Como la estrella condujo a los tres Reyes Magos desde
los confines del Oriente, hacia la cuna de mi Hijo,
así una llama temblorosa, la esperanza,
ella sola, guiará a las virtudes y a los mundos,
una llama romperá las eternas tinieblas.

(El pórtico del misterio de la segunda virtud, Péguy, 2002).

2.2 La esperanza ayuda a la operación

Tomás de Aquino explicó que la esperanza resulta imprescindible. Descubrió que la esperanza ayuda a la operación que emprendemos. Sin ella, caemos en el desánimo, en el derrotismo, y dejamos de luchar incluso por nuestra propia vida. Por esto, resulta literalmente *vital*, cuestión de vida o muerte, fomentarla. Se dice “mientras hay vida hay esperanza” o “la esperanza es lo último que se pierde”, pero igualmente podríamos afirmar que “si no hay esperanza, morimos ya de algún modo, comenzamos a morir” o que “si perdemos la esperanza lo perderemos luego todo”. Hay que impulsar cada gramo o grano, mejor, de esperanza, en nosotros y en los otros. Pues sólo de su mano podemos perseverar plenamente en nuestra humana existencia, esforzarnos y realizar cada día nuestra labor. Quien no espera nada, permaneces inerte, como si estuviera ya muerto. En el fondo, la desesperación conduce a la esterilidad y la inercia, mas educar comporta verbo, acción, movimiento, maduración. La esperanza es de los que cultivan, de los que laboran,

de los que siembran y labran, de quienes están vivos y procuran la vida a su alrededor. No hay cosecha si antes nadie ha esperado nada de nada, tampoco hay educación si no esperamos nada de nadie. Una película entrañable en este sentido es “La vida es bella”, pues en ella un padre alegre logra animar a su hijo, con un imaginativo juego educativo, en medio de un contexto tan desesperanzador y horrible como un campo de exterminio. De este modo, colabora a que su hijo tenga esperanza, crezca en ella, y espere algo que le ayudará a no rendirse, de forma que al cabo logre sobrellevar interiormente tan penosa situación.

Un ejemplo curioso de este fenómeno y dinamismo es el de la profecía auto-cumplida en el orden de la educación, que en ocasiones se ha denominado: “efecto Merlín”. Según esto, la leyenda de Merlín y el joven Arturo nos enseña que debemos esperar y acertar a vislumbrar lo mejor de los otros y de nosotros mismos, si deseamos cultivarlo adecuadamente y al fin alcanzarlo. Debemos desarrollar ese poder del educador que nos convierte en pequeños “merlines”. Hemos de ver, como él, en nuestro educando a ese futuro rey que algún día puede llegar a ser. De otro modo, si no esperamos algo bueno y hermoso del otro, acabaremos por transmitirle un desánimo que dificultará e impedirá su crecimiento.

2.3 La esperanza ilumina el corazón

La esperanza responde a nuestro corazón. No a nuestra fría razón o a su mera facultad especulativa. Es una realidad conectada a la honda unidad de nuestro interior, que hoy llaman “inteligencia-emocional”. Es una forma de profunda inteligencia, pero de una inteligencia “sentiente” como decía Zubiri, de una inteligencia-cordial o poética, al modo de María Zambrano. Nuestro corazón humano necesita esperanza, precisa esperar...

Pero, claro, se trata de un esperar *creativo* y pleno. No de un mero *soportar* –un aguantar pasivo- el paso del tiempo, como sucede en el drama *Esperando a Godot* de Samuel Beckett. En este, los protagonistas parecen condenados a aguardar inútilmente a alguien que no conocen y que nunca llega; de manera que esta espera suya resulta invadida de absurdo.

Tampoco es la esperanza un simple deseo de algo. Deseamos cosas, pero a menudo nos limitamos a anhelarlas. La esperanza comporta la confianza de que, en algún momento, disfrutaremos de aquello que anhelamos. Por eso, podemos *desear* cosas resueltamente imposibles o por el contrario demasiado fáciles de adquirir, e incluso perjudiciales para nosotros u otros; pero no tenemos *esperanza* de ellas. En la esperanza *esperamos* –tenemos confianza- en alcanzar metas o fines realizadores, que son bienes, y además futuros –no presentes-, y que resultan arduos o difíciles. Por ejemplo, esperamos alcanzar metas o fines realizadores, como el encontrarnos con fruto con otras personas.

Tomás de Aquino, en su *Suma Teológica*, explicó en qué consiste propiamente la esperanza. Allí, escribió que ha de responder a unas condiciones precisas:

Primera, que sea un bien; pues, propiamente hablando, no hay esperanza sino del bien, y en esto difiere del temor, cuyo objeto es el mal. —Segunda, que sea futuro, porque la esperanza no se refiere al bien presente ya poseído; y en esto se diferencia del gozo, que se refiere al bien presente. —Tercera, que sea algo arduo y de difícil adquisición, pues de nadie se dice que espera una cosa mínima y que está en su poder conseguir inmediatamente; y en esto difiere la esperanza del deseo o anhelo, que se refiere al bien futuro en absoluto, y por lo mismo pertenece al concupiscible, mientras la esperanza al irascible. —Cuarta, que ese objeto arduo sea posible de obtener, porque nadie espera lo que en manera alguna puede conseguir; y es esto difiere la esperanza de la desesperación. (I-II q. 40 a. 1).

Con “irascible” nos indicó que no se trata de un mero impulso o deseo de lo grato, sino de lo que mueve nuestra “voluntad”, nuestro querer. De aquí, el vínculo estrecho entre la esperanza y el amor. La caridad llama a la esperanza, y la esperanza honda lo es de la caridad, del amor.

Amar requiere conocer y, dado nuestro estado presente en este mundo, asimismo, cuando conocemos un bien futuro arduo o difícil, “esperamos” alcanzarlo o no. De forma que amamos y esperamos al tiempo. Mas, además, en el caso del amor interpersonal, en el que el bien amado se halla en la propia persona del otro, con la que anhelamos unirnos, si tenemos fe o confianza en quien puede donarnos este bien —que no es otro que la propia persona amada, capaz de donarse o nosotros—, esperaremos recibirlo de ella. Así, esperar en el campo del amor interpersonal —que es la más hermosa y profunda especie de esperanza— reclama el que *confiemos*, el que tengamos fe en la persona. Por ejemplo, si no confiamos en nuestros educandos, no podemos albergar la esperanza de unirnos con fruto a ellos. Y, sin esperanza, nuestro amor o no brotará o se apagará enseguida, aplastado por el desánimo y las dificultades. De aquí, lo nocivo -lo letal- de la desconfianza y de su hija, la desesperanza, en educación.

Tomás estudió la esperanza no sólo como un impulso intenso o una fuerte tendencia de nuestro interior —*pasión*—, sino como una realidad a la que estamos llamados. Esto es, como una hermosa *virtud*. La consideró un *hábito operativo bueno* que conviene adquiramos y hagamos nuestro, que interioricemos hasta que se convierta en parte de nuestra forma de ser, de nuestro carácter o vida moral e interna, en nosotros mismos. Sin embargo, conviene notar que, al considerar él la esperanza no como virtud natural sino como virtud sobrenatural, advirtió que esta clase o este sentido teológicos de la esperanza —que obviamente se refiere a Dios— resulta siempre un “don”. Por esto, indicó que esta esperanza de lo mejor o de lo superior es, en el fondo, una ofrenda divina, algo infuso por parte de Dios en nosotros. De hecho, si amamos a Dios y esperamos recibirle, o que nos reciba, es obvio que esto constituye un bien que reclama el que Dios mismo quiera

unirse con nosotros. Ahora bien, eso siempre constituye un don por su parte. También, cuando amamos a alguien, sea quien sea, la esperanza del bien de la unión con esa persona no deja de ser siempre un determinado regalo, un don personal que nos hace ese ser concreto, ya que esto brota de nuestra confianza en que ese sujeto libremente querrá también vincularse a nosotros.

Así, la esperanza no es tanto algo que logremos adquirir con nuestras meras fuerzas o por nosotros mismos, absolutamente “solos”. La esperanza en su sentido pleno, en especial la esperanza en el ámbito del amor personal, nunca es totalmente solitaria y solipsista, sino siempre unitiva, relacional, compartida, una forma de comunión. Por ello, ciertamente, de alguna manera, cabe captar el que toda esperanza personal, en cierta forma, en nosotros, supone un *regalo* interpersonal, una preciosa capacidad de ver y de vivir con ojos nuevos, que viene a habitar en nuestro corazón entero. Por eso, cultivarla, educar o ayudar a crecer en esperanza pide que lo procuremos de la mano de los otros y del Otro: que abramos los corazones a ella desde la unidad, desde la cercanía con los demás, desde la fecundidad del encuentro mutuo y comunitario.

La esperanza crece siempre en la comunión, en la comunidad, en el encuentro. Don Bosco, por ejemplo, acertó profundamente con su *sistema preventivo*, al captar esto e invitarnos a transformar toda educación en una comunidad educativa de amor, en la que la alegría ofreciera un testimonio de nuestra activa y común esperanza mutua (Cian, 1994).

Así, vemos que la esperanza no es un simple tender cualquiera de nuestra voluntad o persona hacia algo —como puede ser el deseo—, ni una actitud absurda o de lo que no tiene sentido. Todo lo contrario. La esperanza llena de sentido la existencia, la convierte en un terreno ilusionante, lleno de promesas, fecundo y constructivo, expectante de gozo, que anuncia siempre la llegada de lo mejor, el triunfo de lo bueno. Aunque no se trata, con esto, de que incurramos en lo que Tomás señaló como el error de la “presunción”. Esto es, considerar que alcanzaremos con certeza lo que esperamos simple y llanamente por nuestras propias fuerzas, sin la intervención o el auxilio de nadie más. Al menos, en el ámbito del amor inter-personal y de la relación, al que se circunscribe la educación (pues la educación supone relación, encuentro), esto, situar la fuente de la esperanza en lo individual, tal como se ha mostrado, resulta imposible, vano y presuntuoso.

Gracias a su luz, la esperanza transforma nuestro corazón e interior y, al cabo, desde él nuestros quehaceres cotidianos, nuestro día a día, además de nuestra relación con el futuro o el porvenir. Nos “re-nueva” por dentro; renueva nuestra vocación o caminar vital, junto a cuanto con él tiene que ver. Al hacerlo, nos llena de energía, de dinamismo, de fuerza interior, de pujanza, para esforzarnos de forma decidida y continuada en busca de lo bueno. En parte, esto es lo que condujo a Kentenich a afirmar: “Conservamos el ánimo para comenzar cada día de nuevo con dinamismo juvenil y extender los brazos hacia las estrellas” (2005, p. 331).

2.4 Hacia una esperanza más alta

El pasado verano mi mujer y yo visitamos el campo de exterminio de Auschwitz, en Polonia. El panorama era aterrador. Aquel zapato de un niño, entre los despojos...; aquellos rostros de seres maltratados hasta lo más profundo de su dignidad, aquellos descarnados barracones, las elocuentes salas de tortura y cámaras de exterminio; todo ello era un expresivo y rotundo testimonio de la existencia incontrovertible del mal, que a muchos les ha conducido a perder toda esperanza en el género humano, o incluso en Dios mismo. A otros, por el contrario, lejos de sucederles así, este horror les ha llevado a situar su propia esperanza más allá de lo meramente mundano o terreno, de lo temporal.

Cuando nuestro guía, en aquel lugar de terror, habló de la mejor interpretación, en su opinión, de aquel mismo horror, me llamó la atención el que citara la experiencia de una víctima que había leído lo sucedido en clave de una honda esperanza. Esto conecta, en parte, con la fértil hermenéutica de esta clase de experiencias propuesta por V. Frankl, quien enseñó a este respecto que la esperanza de hallar un sentido más allá del sufrimiento ofrece un punto al que agarrarse para el ánimo humano esencial para sobrevivir y seguir luchando. Narró que quienes extraviaban su esperanza, en aquellos campos de exterminio, terminaban por arrojarlos ellos mismos contra las punzantes púas de las vallas de espinas, electrificadas, o que simplemente se dejaban poco a poco morir sin oponer resistencia. Morían entonces en un muy breve plazo, pues habían dejado ya de esperar, explica Frankl (2001). Esto se funda en nuestra necesidad básica de esperanza. Ahora bien, en muchos de los casos referidos, en situaciones de este tipo, la clase de esperanza que alienta en la lucha o en el esfuerzo, no es la simple virtud natural, sino que posee una raíz misteriosa que evoca o señala de alguna manera hacia lo trascendente.

Esto último lo constatamos allí mismo, en el curso de nuestra visita. En cierta celda de castigo, vimos brillar solitaria una tenue vela, puesta en homenaje al P. Kolbe. Él dio su vida heroica y gratuitamente por la de otro prisionero, y lo hizo gracias a una sin igual esperanza, en efecto. De esta forma, su acto testimonió y testimonia, hoy todavía, el latido de una esperanza profunda. Es, acaso, la esperanza en la bondad y en el triunfo de un Amor absoluto, de una caridad infinita y sin límites.

Sin duda, un texto reciente de enorme hondura sobre la esperanza, en clave cristiana, se encuentra en la carta encíclica *Spe salvi*, de Benedicto XVI (2007). Allí, se explica que la esperanza en sentido cristiano no se limita a esperar la resolución de nuestras carencias o deficiencias humanas en este mundo, sino que eleva nuestra mirada hacia lo más alto, hacia un estado radicalmente bueno, que llamamos Cielo o vida eterna. Además, allí, se recuerda que esta esperanza los cristianos la alimentan con la eucaristía y con la caridad divina. Por esto, en el texto, se relata cómo la esclava africana Josefina Bakhita pudo esperar, a pesar de su

concreta y real experiencia como esclava de unos amos crueles y despóticos, en un Señor lleno de Bondad, en un Buen pastor de signo totalmente diferente, capaz de amarla de una forma incomparable, de estimarla como una criatura única y preciosa, de apreciarla cual un ser de un valor o dignidad irrepetibles.

Esta esperanza tan honda y radical tiene que ver con el perdón, perdón que constituye a su vez una clave imprescindible en todo educar. Sin perdón no cabe educar, pues al educar surgen heridas, en unos y otros, en educadores y educandos, heridas o cicatrices que sólo el bálsamo del perdonarnos unos a otros logra curar, restañar. Así, el perdonar y ser perdonados nos posibilita el continuar con ilusión y alegría en la senda de nuestra hermosa vocación de la educación. Bakhita perdonó a sus brutales “dueños”, quienes la habían maltratado durante años. De esta forma, su vida testimonia que el perdón -aún arduo- es posible entre nosotros, y el que anhelamos un Amor que nos ame de forma absoluta.

Hablar de esperanza, sin mencionar el perdón, constituye, al cabo, una ingenuidad. Claro que hay que poner esperanza en nuestros afanes y esfuerzos, esperar un futuro mejor. Pero esa esperanza ha de verse encarnada en nuestra situación real y concreta. En cada caso y grupo de personas, la esperanza auténtica comporta aprender a perdonar, pues los seres humanos nos hacemos daño sin cesar unos a otros. Esperar implica tener confianza en poder seguir adelante a pesar de estos errores, y en superar o sanar estos dolores reales y ciertos.

Esperar en que las personas pueden cambiar a mejor, incluidos nosotros y nuestros prójimos, es indispensable para vivir con alegría y confianza, y –así- para educar. Ello no consiste en un idealista deseo de que todo sea distinto, sino en la serena confianza en que, poco a poco, nuestra mutua convivencia progrese en valores, en respeto, en justicia, en afecto.

Hay una larga escena final en “El gran dictador” de Chaplin (Charles Chaplin, 1940) en la que el protagonista eleva su voz en un hermoso canto a la esperanza. En ese discurso o alocución, se manifiestan preciosos valores... También, debe hallarse en esto el insubstituible valor del perdón, que no es mero olvido ni inconsciencia del daño, sino algo mucho más profundo.

2.5 La esperanza transforma las relaciones y comunidades

Cuando la “desesperanza” se adueña de nosotros, esto se transmite a nuestras relaciones, e impregna desde dentro nuestras comunidades de vida y de trabajo. Ahora bien, en un ambiente desesperanzado no pueden darse encuentros o relaciones verdaderamente fecundos, pues en ellos todo signo de mejora o progreso se persigue y extingue.

Esto, ha de predicarse igualmente del marco educativo. En él, un clima desesperanzado resulta esterilizante, castrador de toda fecundidad en las inter-relaciones personales, pues los encuentros educativos –y la educación es relación, encuentro- se convierten en esa atmósfera derrotista en un mero protocolo, en cáscaras vacías de verdadero fruto. En tales casos, no hay vínculos fructíferos entre los sujetos, sino simples formas o procedimientos huecos, sin la auténtica substancia educativa: el bien personal y común.

En la película “Cadena perpetua” (Frank Darabont, 1995), el protagonista, en cierto momento, protesta airado contra su mejor amigo, un conseguidor carcelario interpretado por Morgan Freeman. Pues este, quiere desalentarle de cualquier posibilidad de escapar de su injusto encierro. El reo increpa entonces airado a su amigo, y le reprocha el que sistemáticamente se empeñe en arrancar de su interior toda huella de esperanza de un futuro libre y mejor. Con ello, parece manifestar que no puede darse amistad verdadera y relación fecunda privada de cualquier esperanza.

Por el contrario, cuando en nuestro interior brilla la luz de la esperanza toda nuestra vida se transforma. Michel Hubaut ha escrito, a causa de ello, que la esperanza es “una confianza que hace crecer la vida” (Michel Hubaut: *Las raíces de la esperanza*, Ed. San Pablo, 1995, 102 p. y ss.)¹. He aquí una hermosa definición de la esperanza, orientada no tanto a describirla en sí misma sino a partir de sus efectos, de su fertilidad. Esto supone el que nuestras relaciones y ambientes “cambian” cuando vivimos con y desde la esperanza. Esto es, la esperanza afecta a nuestra coexistencia, pues nuestro vivir es siempre un “convivir”. Cuando la llama de la esperanza arde en el corazón, su calor se contagia a los otros y enciende su hoguera en la comunidad. Así, cuando ella se halla presente, entre nosotros, crece o se desarrolla esta convivencia o viva en común de acuerdo con los más fértiles valores. Un ejemplo de este contagio comunitario de la esperanza puede descubrirse en el conmovedor drama de Bernanos *Diálogo de carmelitas*², donde una comunidad se une gracias a esta honda virtud, en medio de una situación angustiosa, si bien se trata en este caso de una esperanza en una clave ya no pura o meramente humana sino más alta y excelsa. Esto mismo sucede en otra obra singular, en la que se respira esperanza y donde lo humano y lo trascendente se dan la mano de una poética forma: *La anunciación a María* de Paul Claudel³.

1 El libro, sobre el tema, de este autor franciscano resulta muy sugerente, pues trata sobre cómo enfrentar la desesperanza, gracias al cultivo de una esperanza fecunda que crece a partir de sus más hondas raíces. Cf. Michel Hubaut, *Las raíces de la esperanza*, Ed. San Pablo, 1995.

2 La obra cuenta cómo una comunidad religiosa es guillotizada durante la Revolución, en París, y la superación del miedo y su dinámica en el grupo (Bernanos, 2016).

3 A través de una sugestiva alegoría, entre la gestación maternal y la esperanza, el poeta nos adentra de un modo muy hondo en las implicaciones de esta hermosa actitud (Claudel, 1991).

2.6 Una esperanza que sueña con los pies en la tierra

Nuestra esperanza debe “soñar”; pero, a la par, tener los pies en la tierra. Esto último no se refiere a que sea ajena a la dimensión trascendente o espiritual, sino a que ha de acertar a conjugar lo anhelado con lo alcanzable, a fin de no incurrir ni en derrotismos ni en ingenuidades vacuas. Pensemos en Don Quijote y en Sancho, pues de nuevo aquí parece que conviene se conjuguen los aspectos que ambos representan, sin desequilibrios extremos.

Aunque la esperanza no equivale al solo deseo de algo, sino que implica cierta confianza en alcanzar lo bueno, esto no significa que tenga que ser fácilmente contentable. Nuestra esperanza ha de llevarnos lejos en lo bueno, no tiene por qué conformarse con lo más cercano, limitarse a lo material y más pragmático, ser una esperanza “resignada”, pues esto resultaría claramente contradictorio. Estamos hechos para aspirar a lo mejor, para esperar lo excelente, lo que llena de alegría nuestro corazón. Hay que albergar esperanza de realidades hermosas y bellas, aunque hoy nos parezcan difíciles de alcanzar. Ya Sócrates enunció que todo lo bello es en cierto sentido difícil. Pero difícil no es imposible, al menos nada lo es para quien cuenta con el auxilio de lo superior, de lo más grande, del Amor con mayúsculas, o de los más altos valores, como le sucede al educador.

Debemos atrevernos a “soñar” con bienes que se nos presentan todavía como lejanos o arduos. En este sentido, reivindicamos las pedagogías de Kentenich o López Quintás, quienes se refieren a la necesidad de educarnos conforme a nuestro “ideal”, a la figura más evocadora, prometedora, alentadora o bella que cabe prefigurar de nosotros mismos y nuestros congéneres. Sin altos y hermosos ideales no cabe educar adecuadamente, lo que va más allá de una mera instrucción. No estamos hechos para esperanzas pequeñas o en miniatura, sino para grandes esperanzas. Estas, además, versan sobre nosotros, sobre los demás y aun sobre cuánto nos alcanza. Nuestras visiones del mañana han de resultar y resultarnos a nosotros mismos “inspiradoras”, sugerentes, verdaderamente atractivas. Eso no se consigue si lo único que esperamos es una sopa mejor, ya sea para nosotros o para el prójimo (sea esta una sopa de caracolas o de letras). Ahora bien, soñar con altos ideales en nuestra esperanza nunca ha de precipitarnos por la cómoda pendiente del descontento continuo. Claro que nuestro propio carácter, nuestras relaciones y comunidades educativas resultan muy mejorables, y que es fácil caer en el desánimo, al constatar cuanto distan de nuestros anhelos. Pero desde la esperanza debemos aspirar a su mejora continua y progresiva, paso a paso, aunque con la vista puesta en una mejoría muy honda y hermosa.

Esto nos conduce al punto de notar que la esperanza precisa verse perseguida en el día a día, desde lo pequeño, con perseverancia, dada nuestra naturaleza, humana y finita. Así, hay que trabajar por mejoras

modestas y sencillas que, al cabo, pueden conducirnos muy lejos, aunque hoy nos sepan a poco. Un aforismo chino reza: “Todo largo viaje comienza por un único paso”; y otro hindú afirma: “Ante cada paso humano, se abren mil posibles sendas”. Por otra parte, la esperanza no es solo de lo externo a nosotros. También, hemos de poner esperanza en nuestra propia mejora como personas, en nuestro desarrollo integral. Sólo así, contagiaremos esta convicción a nuestros educandos. Pues, quien no espera mejora alguna ya en sí mismo: ¿qué esperanza de desarrollo interior y profundo puede suscitar en los otros?

2.7 La esperanza engendra un clima de unidad

Cuando hay esperanza, esta se proyecta sobre el otro hasta conformar toda una red de ella que lo envuelve todo. La esperanza de unos obra sobre la de otros, y de este modo se va trazando una tela de confianza y ánimo con respecto al futuro compartido. Por esto, resulta clave que nadie destruya desde dentro la delicada, más fecunda, malla de nuestra esperanza común.

Si logramos trenzar ese tejido de la esperanza nuestras comunidades y equipos educativos alcanzarán una intensa unidad. Esto, porque en el fondo todos precisamos de esperanza en nuestras vidas y trabajos. Así, cuando un grupo consigue entrelazarse en esperanza sus labores y esfuerzos resultan mucho más fértiles y prometedores. La esperanza une, y la desesperanza divide. Pues, cuando no se comparte la confianza en un porvenir o destino mejor, cada cual se apresura a marchar por su cuenta, alejándose del desastre que anticipa o vaticina.

En cambio, un ambiente en el que se respira esperanza es capaz de casi cualquier logro. No hay dificultad, no hay problema, no hay montaña o misión que no se coronen con éxito. Pensemos en la película “Los niños del coro” (Barratier, 2004), en la que la esperanza cierta del nuevo profesor alimenta a los chicos, a los otros colegas y a los benefactores, suscitando una corriente, una explosión de excelencia en cadena, en su entorno. Esto, manifiesta que la verdadera esperanza es contagiosa, dada nuestra común necesidad de ella.

2.8 A modo de conclusión: la esperanza *transfigura* las comunidades en ámbitos de creatividad profunda

Un rasgo especialmente interesante de la esperanza se halla en su capacidad para transfigurar cada acto, cada gesto y -a la postre- cada contacto, relación o comunidad humanos en todo un ámbito de “creatividad”. Ahora bien, en este lugar, advertimos que aquí concedemos a este término la fértil significación

a la que se refiere con él el pensador y pedagogo contemporáneo A. López Quintás, quien se refiere a la creatividad como generación de relaciones fecundas o de encuentros y como clave central de la formación humana (López Quintás, 1993, 1987).

Aparte de unirnos, la esperanza nos dinamiza, nos impulsa, nos lanza, nos *vivifica*. La esperanza nos arranca de nuestras inercias para ponernos *en camino*. Ese camino se orienta desde lo más hondo de nosotros mismos y, a la vez, gracias a nuestro elevar la mirada hacia lo más alto, por medio de nuestro ideal y nuestra vocación. La esperanza es una luz en el caminar vital de toda y de cada persona, una estrella en la senda de nuestra vocación (Barraca, 2003).

Al captar la esperanza que abrigan otros, esto nos sirve de acicate para esperar nosotros y para engendrar cauces de pensamiento y de acción nuevos. Al contacto con la esperanza de quienes nos rodean, surge en nuestro interior el anhelo por explorar caminos todavía no recorridos. La esperanza anima la innovación constante. Esto, constituye un eje decisivo de la educación actual. Ello, por cuanto los contextos o situaciones y los sujetos o grupos se hallan en constante evolución, progreso, maduración. Los educadores debemos anticiparnos y acompañar estos procesos vitales de desarrollo continuo. Ello requiere que innovemos, y a su vez innovar reclama el tener esperanza.

Ahora bien, conviene subrayar que innovar, en educación, no quiere decir arrojarse en brazos de la primera ocurrencia o sucesión de estas, ni adoptar cualquier idea o propuesta ajena o extraña para incorporarla sin reflexión ni prudencia. No es sólo ya que convenga atender a la máxima de “los experimentos, mejor con gaseosa”, pues en efecto en educación los experimentos afectan a personas, y con las personas no se experimenta sin riesgo. Es que la auténtica innovación -educativa o no- reclama asumir las raíces, los valores de nuestra identidad compartida, para luego hacerlas fecundas. Innovamos desde lo que somos y tenemos, no en el vacío o en la mera improvisación.

Por otro lado, la innovación ha de entenderse en un sentido amplio y abierto, no restrictivo. No se limita a los procedimientos formales, a los métodos externos, a los cambios más o menos de apariencia, a lo exterior. Ser innovadores y creativos supone, en fin, una manifestación de esperanza, de vivir en la esperanza. Por ello, no podemos sino alentar la creatividad de las personas y de los equipos, de las comunidades, al tiempo que fomentamos el encuentro de unos con otros, con el propósito de contagiar esa esperanza tan hermosa y de proyectarla sobre situaciones y sujetos concretos.

La esperanza y la creatividad van de la mano. Cuando hay esperanza, somos creativos. Cuando existe creatividad, esto obedece a que tenemos confianza en mejorar la realidad. Ahora bien, aquí, nos referimos,

ante todo, a una forma de la creatividad que, sin duda, constituye hoy un reto, pero a la vez un acicate o impulso inspiradores. Se trata del emprendimiento y la iniciativa comprendidos no en la clave del lucro económico, sino en la de lo “relacional”, en la del encuentro profundo.

Crear materialmente cosas, situaciones, métodos nuevos, resulta interesante, desde luego. E incluso, por supuesto, puede ayudar en el contexto educativo. Pero crear relaciones o encuentros interpersonales o comunitarios, hondos y auténticos, supera a lo anterior con creces. Nada hay más innovador y creativo que el encuentro humano. Del vínculo entre personas puede esperarse la máxima de las creatividades. Por eso, frente a las simples modas e inventos, debemos poner nuestra mirada más honda en el otro, en los otros. Miremos a los ojos, en lo profundo, a quienes comparten con nosotros de una u otra manera sus vidas, a los educandos, educadores, familias. Anudemos los lazos de la relación con ellos, gracias al tacto o delicadeza y a la solicitud o caridad, según la inspiración genuina y originaria de lo vivenciano.

Trencemos el nudo del aprecio mutuo, de la estima recíproca, incluso de la amistad; y estos propiciarán lo creativo, la fecundidad de modo espontáneo o natural. Las escenas iniciales de “La misión” (Joffé, 1986), con el singular encuentro entre el misionero y los indígenas, pueden ofrecernos también una evocadora imagen de todo ello. El sonido de la flauta, extraviado en medio de una selva llena de seres ignotos y extraños, acaso adversos o violentos, sirve de símbolo a este afán de encuentro humano fecundo. Estas imágenes nos hablan del inefable poder de “transfiguración” que se suscita siempre desde el encuentro. Oigamos, por dentro, hoy y siempre, con un sentido de unidad y cercanía mutua, la hermosa melodía de esa creatividad que se desprende del peculiar diálogo sin palabras allí descrito -como al cabo de todo encuentro humano-, y proyectémosla sobre nuestra propia vida y quehacer. No olvidemos nunca, además, que el verdadero encuentro pide, de una u otra forma, con palabras y con gestos, con programas y con hechos, el indispensable arte del diálogo. Junto a ello, tal como aquí se ha mostrado, incorporemos a la labor educativa siempre el fecundo valor de la esperanza. El poema que transcribimos a continuación -sobre la educación como cultivo desde la esperanza- puede servir, en fin, como broche de estas reflexiones:

EDUCAR

Educación es lo mismo

que poner motor a una barca...

hay que medir, pesar, equilibrar...

... y poner todo en marcha.

Pero para eso,

uno tiene que llevar en el alma

un poco de marino...

un poco de pirata...

un poco de poeta...

y un kilo y medio de paciencia

concentrada.

Pero es consolador soñar,

mientras uno trabaja,

que ese barco, ese niño

irá muy lejos por el agua.

Soñar que ese navío

llevará nuestra carga de palabras

hacia puertos distantes,

hacia islas lejanas.

Soñar que, cuando un día

esté durmiendo nuestra propia barca,

en barcos nuevos seguirá

nuestra bandera

enarbolada.⁴

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Barraca, J. (2003). *Vocación y persona*. Madrid: Unión Editorial.

Beckett, S. (2015). *Esperando a Godot*. Barcelona: Tusquets.

Benedicto XVI. (30 de noviembre de 2007). *Spe Salvi*. Roma.

Bernanos, G. (2016). *Diálogos de carmelitas*. Burgos: Monte Carmelo.

Cian, L. (1994). *El sistema educativo de Don Bosco y las líneas maestras de su estilo*. Madrid: CCS.

4 Aunque a menudo esta composición se atribuye a Gabriel Celaya, algunas investigaciones posteriores lo vinculan más bien con el educador lasallista Santiago Fermín Gainza. En cualquier caso, puede hallarse en Gainza, S. F.: *Casi puro rezo*, Buenos Aires: editorial Stella, 1982.

- Claudel, P. (1991). *La anunciación a María*. Madrid: Encuentro.
- Francisco, Papa. (25 de mayo de 2014). *Homilía*.
- Frankl, V. (2001). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- Gainza, S. F. (1982). “Educar”, en *Casi puro rezo*. Buenos Aires: Editorial Stella.
- Hubaut, M. (1995). *Las raíces de la esperanza*. Madrid: San Pablo.
- Kentenich, J. (2005). *Textos pedagógicos*. Santiago de Chile: Nueva Patris.
- Lévinas, E. (1993). *Humanismo del otro hombre*. Madrid: Caparrós.
- López Quintás, A. (1987). *Estética de la Creatividad*, Barcelona: P. P. U.
- López Quintás, A. (1993). *El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa*. Madrid: Asociación para el estudio de las ciencias humanas y sociales.
- Péguy, C. (2002). *El pórtico del misterio de la segunda virtud*. Madrid: Encuentro.
- Tomás, de, A. (2011). *Suma de Teología*, I-II, q. 40 a. 1, BAC. Madrid..

CITA DE ESTE ARTÍCULO

Formato APA

Barraca Mairal, J. (2018). El valor de la Esperanza para la Educación. *Educación y Futuro Digital*, 18, 57-79.